

XIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVIII Jornadas de Investigación. XVII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. III Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. III Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2021.

El saber, una bestia magnífica: a propósito de las incumbencias políticas de la arqueología foucaulteana.

Baquero, Tomas.

Cita:

Baquero, Tomas (2021). *El saber, una bestia magnífica: a propósito de las incumbencias políticas de la arqueología foucaulteana*. XIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVIII Jornadas de Investigación. XVII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. III Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. III Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-012/159>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/even/7cC>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL SABER, UNA BESTIA MAGNÍFICA: A PROPÓSITO DE LAS INCUMBENCIAS POLÍTICAS DE LA ARQUEOLOGÍA FOUCAULTEANA

Baquero, Tomas
Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

Bajo el homónimo título del compilado de Siglo XXI al cuidado de Edgardo Castro, el presente trabajo se propone situar algunas coordenadas sobre los usos y las tensiones en torno a la noción de saber en el pensamiento de Foucault. Es sabido que las más de las veces se piensa a este como “el filósofo del poder”, siendo sus trabajos en torno a las ciencias un aspecto más bien relegado de las inquietudes políticas. Nos proponemos aquí dar ese mismo estatuto al saber, situarlo en medio de las disputas políticas, a partir de la reconstrucción de la introducción de la noción en la trayectoria foucaulteana.

Palabras clave

Saber - Ciencia - Foucault - Política

ABSTRACT

KNOWLEDGE, A MAGNIFICENT BEAST: ON THE POLITICAL INCUMBENCIES OF FOUCAULTEAN ARCHAEOLOGY

Under the homonymous title of the Siglo XXI compilation edited by Edgardo Castro, this paper sets out to situate some coordinates on the uses and tensions surrounding the notion of knowledge in Foucault's thought. It is well known that Foucault is often thought of as “the philosopher of power”, his work on science being a rather neglected aspect of political concerns. We propose here to give this same status to knowledge, to situate it in the midst of political disputes, by reconstructing the introduction of the notion in Foucault's trajectory

Keywords

Knowledge - Science - Foucault - Politics

Introducción

Así como el filósofo del poder (Foucault) ha sido presa de una supuesta lectura antimarxista, de la parálisis política, quizás el filósofo del saber (Foucault) haya sido también perseguido como un destructor del conocimiento científico, relativista, posmoderno. Es un nudo paradójico que quizás valdría la pena analizar: de algún modo, aquel problema del sentido común de las izquierdas -si es que algo así existe- que consiste en el rechazo del positivismo científico como algo propio de las derechas, como algo que no puede sino coincidir con la figura paradigmática

de Mengele. Como es habitual, a Foucault no se lo encuentra donde se lo busca, y el caso de la ciencia no es la excepción. El primado de Foucault en el debate biopolítico -ya sea en su actualización vía Agamben, Preciado, Esposito, entre otros- podría hacernos pensar que “su preocupación por la cuestión científica insumía otra cosa más que un efecto colateral de sus tensiones con el estructuralismo” (Gallego, 2012, p.110). Ambas puntos tienen su cuota de verdad: es cierto que su relación con el estructuralismo ha aproximado debates epistemológicos; también, que su interés se había desplazado, a lo largo de la década de los 70, “alejándolo” de *Las palabras y las cosas*. Quisiéramos aquí proponer una lectura centrada -o al menos compensatoria- respecto del saber.

El *saber* es un concepto estratégico en el pensamiento de Foucault, acaso más aún que el *poder* (situado siempre bajo la forma del *saber-poder*). Es el territorio específico al que se dirige y que al mismo tiempo funda la arqueología. De modo que, para precisar la noción de *ciencia* en Foucault, debemos partir de él. Bajo cierto carácter retrospectivo, es definido en *La arqueología del saber* como “el conjunto de elementos formados de manera regular por una práctica discursiva” (1969, p.237). La primera distinción es aquí, entonces, que la arqueología no se dirige directamente a disciplinas científicas, sino a discursos. No se trata de lo que verdaderamente se habría “querido decir” ni de lo que habría quedado “callado” sino de las regularidades en lo efectivamente dicho (1968, p.685). En este punto, la arqueología no se desprende de cierto tipo de interrogación kantiana, pues se trata de preguntar por las condiciones históricas que han hecho posibles determinados conocimientos. La arqueología del saber se interesa por los procesos y los efectos que hacen que algo sea aceptable a un momento dado en el conocimiento, las condiciones de su emergencia, “aquello a partir de lo cual han sido posibles conocimientos y teorías” (1966, p.15). El saber no coincide con el conocimiento sino más bien con su condición histórica de posibilidad, a través de este kantismo aberrante o historicista del *a priori* histórico.

Ahora bien, existe una distinción entre el *saber* y la *ciencia*. Dentro del magma general y extenso del saber de una época, de aquello de lo que puede hablarse, determinados discursos podrán devenir científicos. La ciencia se “localiza” en el dominio del saber, tiene en él sus raíces en tanto parte de determinadas

coordinadas históricas que hacen posible que algo pueda pensarse, pero instalando sus propios umbrales de epistemologización (Foucault, 1969, p.242). De algún modo todo se juega en dicha noción de *umbral*: implican ciertas “normas de verificación y coherencia” específicas que, al ser alcanzados, dejando de depender únicamente del territorio del saber, alcanzan un estatus propio, suponen ciertos umbrales también de “cientificidad” (1969, p.243). Finalmente, habrá incluso umbrales de formalización, reservados para las matemáticas: vemos que, si hay una pregunta histórica, esta no compromete la autonomía epistemológica del conocimiento científico. ¿Qué introduce entonces la arqueología respecto a la ciencia? Ésta puede preguntarse por algo de lo que la ciencia no es capaz: bien, esos umbrales se atraviesan, pero ¿bajo qué condiciones?, ¿cómo es que esto sucede? Este kantismo aberrante no coincide con la historia de las ideas ni las de las ciencias, ni tampoco a secas con la epistemología. El trabajo de archivo foucaultiano, que debe tomarlo todo, está adentro y afuera de Bachelard: “un hecho mal interpretado por una época, sigue siendo un *hecho* para el historiador. Según el epistemólogo es un *obstáculo*” (1938, p.20).

Según nos dice él mismo, Foucault habría aprendido de Canguilhem que la importancia de los problemas teóricos que una ciencia se plantea no está inmediatamente vinculada al grado de formalización que esta posee (1984, p.258). De allí, por ejemplo, la importancia de la medicina y la biología. Aun si no tienen el grado de formalización que poseen las matemáticas o la física, sus implicancias y sus efectos en la trama general de las relaciones sociales es a todas luces fundamental. Es el caso también de las ciencias humanas: “¿qué ocurre para que el sujeto humano se dé a sí mismo como objeto de saber posible, a través de qué formas de racionalidad, a través de qué condiciones históricas y, finalmente, a qué precio?” (1983, p.319). Es de interés que el filósofo del saber (Foucault) plantee ya en estos términos la cuestión de la *ideología*, sin apelar a la noción de poder: “si la cuestión de la ideología puede ser planteada a la ciencia es en la medida en que ésta, sin identificarse con el saber, pero sin borrarlo ni excluirlo, se localiza en él” (Foucault, 1969, p.241). Se trata de la posibilidad de definir el discurso propio de la ciencia según su relación con otros discursos y con el contexto extra discursivo en el que funciona: “instituciones, relaciones sociales, coyuntura económica y política” (1968, p.676). El propio Canguilhem, en el prefacio de su libro *Ideología y racionalidad en la historia de las ciencias de la vida*, señala -a propósito de *La arqueología del saber*- que han sido para él de mucha utilidad sus “análisis relativos a la ideología científica” (1977, p.10).

Si se avanza así, el poder tiene un modo muy preciso de añadirse a nuestro estema de ciencia-saber, que difícilmente pueda leerse como relativismo histórico o imposición violenta de una verdad. Antes de llegar al *saber-poder* que podemos encontrar en el siguiente libro, *Vigilar y castigar*, encontramos cada vez más precisión sobre cómo el poder se introducirá. Quizás esta distinción entre ciencia y saber pueda hallarse, en 1973, en lo

que Foucault llamó las *dos historias de la verdad*:

“La primera es *una historia interna de la verdad*, que se corrige partiendo de sus propios principios de regulación: la historia de la verdad tal como se hacen en o a partir de la historia de las *ciencias*. Por otra parte, creo que en la sociedad, o al menos en nuestras sociedades, hay otros sitios en los que se forma la verdad, allí donde se definen un cierto número de reglas de juego a partir de las cuales vemos nacer ciertas formas de subjetividad, dominios de objeto y tipos de *saber*. Por consiguiente, podemos hacer a partir de ello *una historia externa, exterior, de la verdad*” (Foucault, 1973, p.15, los subrayados son nuestros).

De un lado, la cara interna, antes nombrada como una “historia epistemológica de las ciencias”, que es la que -según indica Foucault (1969)- realizan Canguilhem y Bachelard. Los modos en que el vínculo entre las dos historias se ha trabajado es muy variado: con instituciones para la locura y la medicina, la relación entre discursos entre sí en *Las palabras y las cosas*. Si en el balance realizado en *La arqueología del saber* las prácticas no discursivas resultarían ser la piedra de toque supuesta pero menos tematizada de la transformación de los discursos, aquí en el 1973 pasan a un primer plano, bajo el nombre de *prácticas sociales*. Es en ellas donde, finalmente, encontraremos las famosas luchas, los famosos juegos de fuerzas que habrían de dar este tinte relativista a las menciones sobre la ciencia -acaso exacerbados cuando Foucault comenta a Nietzsche, autor a partir del cual sabemos que no es sencillo engendrar criaturas, como decía Deleuze, sin perder en parte la propia voz-. Si seguimos este recorrido, el punto central está en que la relación entre la ciencia y el poder está mediada por el saber. Aquel sitio donde insinuaba la posibilidad de pensar la ideología en el 69 es ahora ocupado por un juego de fuerzas en donde estos efectos de la verdad son tematizados concretamente como efectos de poder. Pero, si conservamos la distinción entre ciencia y saber, vemos que nada de esto atañe a las reglas de validación que emergieron con los umbrales específicos. Nada en el poder pone en cuestión la validez epistemológica de los conocimientos científicos, en todo caso, introduce una pregunta que la ciencia no puede hacerse a sí misma. Esto, sin embargo, no es una novedad, pues ha sido también lo que hizo la noción de *saber*. Ninguno de estos términos corre con suerte a la hora de evitar sus usos del sentido común: traen enormes dificultades desde el momento en que “saber” nos remite a un sinónimo de ciencia, “poder” al Leviatán y concluimos que no hay verdad, que esta es el relato de quienes tienen las armas. Es incluso un reproche más que se añade a la lista: *¿por qué defiende la ciencia, profesor Foucault? ¿Es usted Mengele?* “No hay nada ‘cientificista’ en esto (es decir, una creencia dogmática en el valor del conocimiento científico) pero no es un rechazo escéptico ni relativista a toda verdad verificada. Lo que se cuestiona es la forma en que el conocimiento circula y funciona, sus relaciones con el poder” (Foucault, 1982, p.245). En este sentido, las relaciones de poder suponen “una nueva dimensión de análisis epistemológico que

emerge, no en contrario, tampoco por debajo, sino *en medio* del propio saber” (Gallego, 2012, p.114).

Por un lado el *saber* se interesa por la relación entre el conocimiento y la verdad, por otro, el *poder* introduce un nuevo interrogante al interior de este territorio ya delimitado por el saber: “en oposición a la historia de las ciencias, la genealogía de los saberes se sitúa en otro eje, el eje discurso/poder, o, si lo prefieren, el eje práctica discursiva/enfrentamiento del poder” (Foucault, 1997, p.167). La denuncia -que es a partir de Nietzsche- es a un supuesto sujeto universal del saber, incluso en su sentido aristotélico: no hay algo como “inclinación sincera y pura hacia la verdad”, sino que, más que la verdad, más que la verdad, deseamos “las consecuencias agradables de la verdad” (Nietzsche, 1883, p.19, p.21). De modo realmente concreto, por ejemplo, Foucault piensa en la competencia de saberes técnicos diversos durante el siglo XVIII: conocimientos industriales mantenidos en secreto, tejidos a través de tramas de interdependencia con otros saberes, en el marco de una competencia. Llegado ese punto, será necesaria toda una “normalización de esos saberes entre sí” que permita “echar abajo las barreras del secreto y las delimitaciones geográficas y técnicas; en síntesis, hacer que sean intercambiables no sólo los saberes sino quienes los poseen” (Foucault, 1997, p.168). ¿Qué reúne, qué centraliza esta dispersión? Nos dirá Foucault, la *ciencia*, ahora definida no solamente en relación al saber sino también al poder, como “una suerte de campo o disciplina global” (1997, p.170). Por un lado el inicio de esa experiencia que se autopercibió como un *progreso* de la razón y, por otro, la función cada vez más central de las universidades en la selección de los saberes, la “desaparición del sabio aficionado” (1997, p.171).

Y esta nueva dimensión adquiere una autonomía peculiar: podemos, ahora, preguntarnos por la emergencia histórica de determinados conocimientos científicos por una vía paralela a la de la verdad, a las reglas de validación: existe también “un inmenso y múltiple combate, no entre conocimiento e ignorancia sino saberes unos contra otros -de los saberes que se oponen entre sí por su morfología distintiva, por sus poseedores que son mutuamente enemigos y por sus efectos de poder intrínsecos-” (Foucault, 1997, p.167). Sin embargo, insistimos con la bestia magnífica del saber: mismo en el consagrado libro sobre el poder y las cárceles, la cuestión es el *saber-poder*. El juego de los saberes unos con los otros no puede prescindir nunca de las reglas propias del saber, de sus regularidades y validaciones. Como así tampoco puede este prescindir del poder: en este sentido, lo vemos anticipado en los análisis institucionales y en la consideración por las prácticas no discursivas durante la década del 60. Por ejemplo, las técnicas de encierro “habían no sólo provocado una acumulación de saber sino puesto de relieve dominios posibles de saber” (1997, p.172). Donde, nuevamente, esto no pone en cuestión la cientificidad del conocimiento logrado a partir de él. La pregunta es otra, había dicho Foucault, ¿a qué precio? En todo caso, antes que defender o atacar el cien-

tificismo, la cuestión podría plantearse en torno a esa pregunta: intentar saber si *¿a qué precio?* es una pregunta que debería o no debería hacerse no ya la ciencia sino quienes investigan, quienes toman la palabra por ella.

BIBLIOGRAFÍA

- Bachelard, G. (1938) *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo* (trad. Babini). Buenos Aires, Siglo XXI, 1975.
- Canguilhem, G. (1977) *Idéologie et rationalité dans l'histoire des sciences de la vie*. Paris, VRIN.
- Foucault, M. (1997) *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)* (trad. Pons). Buenos Aires, FCE, 2001.
- Foucault, M. (1984) “La vida: la experiencia y la ciencia” (trad. Pons) en *El poder, una bestia magnífica*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.
- Foucault, M. (1983) “Estructuralismo y posestructuralismo” en *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales III* (trad. Gabilondo). Barcelona, Paidós.
- Foucault, M. (1982) “El sujeto y el poder” en Dreyfus, H.L. y Rabinow, P. *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica* (trad. Paredes). Buenos Aires, Nueva Visión, 2001.
- Foucault, M. (1973) *La verdad y las formas jurídicas*. Buenos Aires, Gedisa, 2013.
- Foucault, M. (1969) *La arqueología del saber* (trad. Garzón del Camino). Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.
- Foucault, M. (1968) “Réponse à une question” en *Dits et écrits I. 1954-1969*. Paris, Gallimard, 1994.
- Foucault, M. (1966) *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas* (trad. Frost). Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.
- Gallego, F. M. (2012) “Foucault: biopolítica y epistemopolítica” en Díaz, E. (ed.) *El poder y la vida. Modulaciones epistemológicas*. Buenos Aires: Biblos.
- Nietzsche, F. (1873) *Consideraciones intempestivas I. David Strauss, el confesor y el escritor* (trad. Sánchez Pascual). Madrid, Alianza, 1988.